

CAPITULO IV.

DEL AMOR, TERCER RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

El amor en cuanto al orden de su naturaleza ocupa el tercer lugar entre las virtudes divinas, aunque en perfeccion y nobleza es sin disputa el primero. Este es el reconocimiento mas digno con que puede retribuirse la bondad de María. Los motivos que para ello tenemos, son poderosos y quedan recopilados al fin de los tres tratados anteriores (1).

§. I.—El primer rasgo de amor es ofrecerse á la Virgen santísima por una donacion solemne é irrevocable.

I. Pongo este rasgo antes de los otros, porque los contiene todos en perfeccion y les da un precio y mérito inexplicable; y le agrego dos condiciones queriendo que sea una donacion solemne é irrevocable. Digo irrevocable, ya porque no puede hallarse ningun objeto capaz de hacernos desdecir de lo que una vez hemos prometido á la madre de Dios, ya porque semejante retractacion mereceria el nombre de infame sacrilegio. Pero ademas ha de ser solemne, como que es uno de los actos mas honrosos é importantes de nuestra vida, pues practicándola no solamente somos alistados en el número de los siervos de la Virgen, sino la glorificamos de un modo muy excelente dándole cuanto puede dar una criatura como nosotros. Bien es verdad que yo no pido tanto aqui preparativos terrenos y ceremonias exteriores, como pláticas

(1) Véase la adición de la nota A, que va puesta al fin del madre M. J. de Blemur en la tomo.

celestiales y disposiciones interiores. No impido que sean llamadas las personas espirituales y de la misma profesion; mas intento que el principal cortejo se forme en el cielo: porque sin hablar de la Virgen, por quien es la solemnidad, debe de ser convidada la beatísima Trinidad para honrar el acto, el Salvador como mas interesado que nadie en la gloria de su madre, los santos ángeles y especialmente el de la guarda, que sirve de paraninfo en esta ceremonia, los que por derecho de naturaleza ó parentesco tienen relaciones con María, sus validos y devotos mas especiales y en general toda la corte celestial.

II. La mejor preparacion será el exámen de toda la vida pasada seguido de una confesion general y de una puntual averiguacion de lo que nos impide de agradar á su divina majestad, y de actos fervientes de fé, esperanza, caridad y otras virtudes. El salon destinado á esta fiesta no puede ser otro que la iglesia ó algun oratorio, porque esos son los lugares donde Dios tiene su corte y donde se tratan las cosas mas augustas de la religion. El banquete es el mismo que la sabiduria increada preparó para el sustento y refrigerio de sus hijos, es decir, el adorable sacramento del altar. El acto principal á que propiamente se refiere todo lo demas, es una solemne protesta que el alma devota hace á la Virgen santísima en presencia del cielo y de la tierra, de querer ser de ella por una deliberada, franca é inmutable voluntad, de querer depender de ella en todo por el estado y condicion de una humildísima servidumbre, de reconocerla por señora y soberana perpetuamente, de entregarse á su voluntad y poder, de ofrecerle todos los instantes de su vida, todos los actos de sus potencias y sentidos, todo lo que puede ser ó esperar en el orden de la naturaleza y de la gracia, en una palabra todo lo que puede presentarle en homenaje, suplicándola

que disponga de ella con absoluto dominio como de cosa que le pertenece despues de Dios. Tal me parece ser la profesion auténtica que S. Gregorio Nazianceno hace en cierto lugar de sus escritos (1), donde elige á la reina del cielo por su señora, su único tesoro y su soberana medianera.

III. Tal fué sin dificultad la noble resolucion de san Edmundo, arzobispo de Cantorbery, que en la flor de su juventud se ofreció á Dios y á su santa madre con una invencion ingeniosa y propia de un corazon enamorado; y fué que habiendo hecho voto de perpetua castidad ante una imágen de la Virgen, á quien tomó desde entonces por esposa, le metió en el dedo por arras de su fidelidad un anillo de oro, donde estaba grabada la salutacion angélica. Despues de su muerte se notó que la misma oracion estaba grabada en el anillo episcopal de su uso. Merece referirse lo que acaeció entonces. Como cada cual tratase de llevarse alguna reliquia del santo, el sacristan del monasterio de Soissac donde murió aquel, puso los ojos en el anillo con la esperanza de que en cuanto se marchase la gente, podria cogerle y quedarse con él. Con efecto se acercó al cadáver y quiso sacar el anillo; pero encontró tal resistencia, que no pudo arrancársele con todas sus fuerzas. Sobrecogido de un santo horror y de un temor justo del castigo se hincó de rodillas delante del cuerpo y hablando en voz baja al oido del santo le pidió humildemente perdón de su temeridad y juntamente su consentimiento, sin el cual no queria quitarle ni un solo hilo de su ropa. Apenas habia acabado su plegaria, cuando el anillo cayó por sí del dedo del santo en la mano del sacristan, quien se lo contó al abad. Luego por el contacto de este anillo

(1) Traged. de Christo paciente.

se obraron muchos milagros y se curaron diversas enfermedades.

IV. Aqui puede ponerse por la semejanza que tiene con el caso anterior, lo que sucedió á un mozo, segun refiere Vicente de Beauvais en el Espejo de los ejemplos. Estando jugando algunos mancebos delante de una iglesia, uno de ellos se quitó del dedo un anillo que apreciaba mucho, por no romperlo, y como no encontrase lugar seguro donde colocarle, entró en el templo y desde luego fijó la vista en una imágen de bulto de nuestra señora. Parecióle esta tan hermosa, que no pudo menos de postrarse de rodillas y confesar que nada valia en su comparacion la mujer de quien habia recibido el anillo, y que no habia en el mundo belleza igual á aquella. Añadió que si la Virgen se dignaba de recibirle por su siervo, él desde luego daba de mano á cualquier otro amor y nunca tendria otra señora de su corazon que Maria. Dicho esto, se levantó y puso su anillo en el dedo de nuestra señora, que le parecia mas hermosa cuanto mas atentamente la consideraba: la Virgen para manifestarle que aceptaba su proposicion dobló el dedo que antes tenia extendido. El mozo alegre y atónito al mismo tiempo sale á la calle y llama á sus compañeros, para que sean testigos de lo acontecido. Todos llegan y ven la verdad del caso; todos envidian al favorecido y le condenan á que deje el mundo para servir mejor á Maria santísima, como ha ofrecido. Sin embargo se pasan algunos meses, y el mundo que le tiene aprisionado con cadenas doradas, apaga poco á poco en su alma la llama celestial que la Virgen habia encendido: al fin arrebatado de las pasiones fogosas de la edad se olvida de aquella á quien habia empeñado tan solemnemente su palabra, y pone su corazon en otro objeto contra lo que tenia prometido. La misma noche de su boda se le apareció la Virgen y le preguntó dónde estaba la fé

prometida, y que es lo que le habia movido á dejarla á ella para tomar otra mujer. A la segunda vez le amenazó si no cumplia su promesa, é hizo tal mella en su corazón, que el recién casado mancebo se escondió cual otro Alejo y empleó el resto de su vida en servir á la Virgen de las vírgenes.

V. Tal fue sin disputa la heroica accion de S. Esteban, rey de Hungría, que antes de ceder el dominio de todos sus estados á la madre de Dios, segun queda dicho, se habia hecho él con su hijo Emerico vasallo de la misma señora, entregándole solemnemente su libertad y prometiendo hacer cada año el reconocimiento ordinario. Solo diré aquí de paso que el santo rey no podia menos de querer con entrañable amor á la reina del cielo, porque casi desde que mamaba habia sido hijo espiritual de S. Adalberto, el cual fué consagrado desde la cuna á la misma señora. Siendo todavía niño este gran siervo de Dios (que luego ocupó la silla episcopal de Praga, predicó el Evangelio á los húngaros y polacos por encargo expreso de Dios y recibió la corona del martirio), fué acometido de una fiebre maligna: asustados sus padres que le amaban con extremo, suplicaron á la Virgen se dignase de conservar le la vida con la condicion de que él la emplearia en servicio de nuestra señora y dependeria de ella hasta la muerte. Hecha esta súplica, fué llevado el niño al altar de la Virgen y recobró de repente la salud: mientras vivió, se portó siempre como fiel y agradecido siervo de la madre de Dios.

VI. Tal fué la santa invencion de Marino, hermano de S. Pedro Damiano, de quien escribe este mismo (1) que estando un dia delante del altar de la Virgen se ofreció á ella no solo como siervo, sino como esclavo; se

(1) Opusc. 34, c. 4.

ató el cuello con su mismo ceñidor; se disciplinó en el mismo lugar, y para no omitir ningún deber de los que eran propios de su nuevo estado, puso en un ángulo del altar una moneda de plata prometiendo pagar todos los años el mismo tributo.

VII. Acaso á imitacion de este el animoso Gualtero de Bibrach, pariente del duque de Lorena, se dedicó enteramente al servicio de la Virgen. Era un señor joven, valeroso y diestro en los torneos y demas ejercicios ordinarios de la nobleza, aunque para decir verdad su pasión mas vehemente fué el obsequiar á la madre de Dios y captarse su gracia. No omitia medio alguno para conseguirlo; pero un dia hizo un esfuerzo de amor y resolución, que merece transmitirse á la posteridad. Se fué á la iglesia en compañía de un sacerdote para que sirviese como de sacrificador, y habiéndose subido al altar se hincó de rodillas con una soga al cuello en actitud de reo y se dió á María santísima con el titulo mas estrecho y bajo de donacion que puede discurrirse, y como un vasallo sujeto á talla. Antes de salir del templo quiso pagar el primer tributo y continuó pagándole toda su vida. El devoto Cesáreo, que trató luego mucho tiempo con él en el monasterio de Hemmerode en Alemania, donde Gualtero tomó la cogulla del Cister, afirma haberlo sabido todo de su misma boca y haber sido testigo de los edificantes ejemplos de virtud que dió á cuantos le conocieron.

VIII. Tal fué la cristiana empresa de Luis II, conde de Vendoma y señor de Epernon y Mondoubleau, de que se conserva memoria en el archivo de nuestra señora de Chartres: tambien hace mencion de ello Sebastian Rouillard en el capítulo quinto de su Parténice. Habiendo caído prisionero este buen principe en poder de los borgoñones y siendo guardado estrechamente por espacio de nueve ó diez meses en términos de temer que iba á dejar allí la vida recurrió á su madre la vírgen María, se

ofreció á ella con todo su corazón y la suplicó se sirviese socorrerle en tan extrema necesidad. Así lo hizo nuestra señora el día mismo de su Anunciación, en el cual fué puesto el conde en libertad y en el pleno goce de todos sus bienes. Agradecido á este rasgo de amor se partió para Chartres en cuanto pudo, y el día de la Ascension después de maitines se dirigió desnudo y con un cirio de cincuenta libras en las manos á la iglesia de nuestra señora: acompañábanle cien caballeros en muy buen orden y cada uno con su cirio en la mano. Luego que llegó delante de la sagrada imágen, se hincó de rodillas con toda su comitiva, y hecha oración y cumplido su voto á la reina del cielo se dirigió á los capitulares solemnemente congregados y dijo que en consideración á los beneficios que confesaba haber recibido de María santísima, se declaraba desde entonces para siempre su vasallo y de la iglesia de Chartres. Esta donación fué aceptada al punto por los capitulares, y todos dieron gracias á Dios y á la Virgen con himnos y cánticos.

IX. Tal es la forma de ofrecerse á María santísima en estado de dependencia y servidumbre, que se pone al fin del libro de las Grandezas de Jesús escrito por el cardenal de Berulle. Tales son las dedicatorias personales que se hacen hoy en muchas piadosas cofradías, y entre otras la ofrenda solemne que le hacen en toda la cristiandad los individuos de las congregaciones erigidas en las casas de la compañía de Jesús, donde en presencia del cielo y de la tierra la eligen por señora y prometen firmemente no abandonarla, ni decir ó hacer cosa alguna que sea contra su honor, ni permitir á los que esten bajo su potestad, ninguna palabra ó acto ofensivo á María santísima.

X. Para alivio del devoto lector, que leyendo esto desea quizá dedicarse solemnemente á la Virgen sin alistarse en tales congregaciones, he discurrido poner aquí

una fórmula de ofrecimiento, de la que podrá servirse en caso que no encuentre otra mas de su agrado. Yo le aconsejaria que la repitiese todas las mañanas para renovar su empeño ó á lo menos para no olvidar su buena resolución. La fórmula es esta.

XI. Santísima é inmaculada madre de Dios, refugio seguro de todos los que esperan en tí, yo N., puesto hoy en presencia de la beatísima Trinidad, de tu amado hijo nuestro salvador, del arcángel S. Gabriel y el ángel de mi guarda, de los bienaventurados S. Pedro y S. Pablo, S. Joaquin y santa Ana, S. José, S. Juan Bautista, S. Juan evangelista, S. N., mi abogado, y generalmente de toda la corte celestial, te elijo por mi madre y especial patrona y protectora, y me propongo desde ahora servirte toda mi vida lo mas fielmente que pueda: te ofrezco en homenaje todos los instantes de mi vida, todos los movimientos de mi corazón, todas mis palabras, obras y pensamientos, y te suplico por los méritos de tu amado hijo te dignes de recibirme en tu particular servicio, dirigir mis pasos durante la vida y amparar mi alma á la hora de la muerte. Amen.

XII. Añadiré aquí que entre los que se dedican de esta suerte al servicio de la Virgen, los mas afortunados y los que por lo comun gozan de mas favor, son los que le consagran la juventud y las primicias de la vida; porque á la verdad esas hermosas y frescas flores merecen presentarse á la reina de los ángeles y de los hombres. Es cierto que no desprecia esta señora las otras, ajadas ya de pasar por tantas manos y de haber recibido el hálito del mundo y de la carne, y que han perdido el buen olor de la inocencia con su lozania y frescura; pero no hace ni con mucho tanto aprecio de ellas como de las primeras. «Si entre nosotros, dice el Crisóstomo (1), no

(1) In psalm. XIV.

hay quien no prefiera un siervo jóven, robusto y gallardo á otro viejo, cascado y achacoso; ¿por qué no hemos de creer que en el cielo serán siempre mas estimados los servicios de la virginidad inocente que los de la vejez corrompida y casi inútil para todo lo bueno?» Aun cuando no hubiera otra razon, seria muy digno de tenerse en cuenta que los que vienen de jóvenes al servicio de la Virgen, se asemejan mucho mas á ella, de quien escribe S. Juan Damasceno (1) que fué como un arbolillo sacado de la casa paterna, como un plantel de santidad arrancado de allí para ser trasplantado al vergel del esposo celestial y regado en el templo de Dios con las gracias especiales del cielo y las mas suaves influencias del Espíritu Santo. Por esa causa pide tan encarecidamente en los Cantares ser atraída por su divino esposo para alentar á muchas doncellitas que arden en deseos de seguirla. Esto mismo me persuade á que no hay nada mas envidiable que la dicha de aquellos, á quienes el cielo propicio ha llamado al servicio de esta gran reina desde la cuna y aun desde el vientre de sus madres. De algunos he hecho mencion en los tratados anteriores: ahora me contentaré con citar solamente dos. El primero será el cardenal Baronio, que parece tuvo particularísimos sentimientos ó á lo menos señalados instintos de esta devocion en las entrañas de su madre, mujer muy virtuosa. Segun dice Enrique de Sponde en el elogio del cardenal, aquella señora declaró haberle acontecido muchas veces sentir á la criatura dar saltos en su vientre cuando se acercaba á alguna iglesia de la Virgen, como si desde entonces hubiera querido ponerse en actitud de adorarla; lo cual fué causa de que la madre apenas parió á César, le ofreciese y dedicase perpetuamente á la

(1) De fide, lib. 4, cap. 15.

reina del cielo. No tardó mucho en recibir muestras infalibles del gusto que habia tenido la Virgen con la ofrenda de aquel tierno siervo, porque siendo acometido á los dos años de una enfermedad peligrosísima, le llevó su madre en la cuna á la iglesia de nuestra señora no lejos de Sora en la campiña de Italia. Allí pasó tres dias en oracion, y cuando parecia que el niño iba á espirar, se oyó una voz que dijo distintamente: Animate y alégrate; que tu hijo no morirá esta vez. Con efecto comenzó desde luego á mejorar y en poco tiempo sanó del todo. De allí á unos cuantos meses entró un peregrino en la casa, y acercándose á la cuna del niño y haciéndole la señal de la cruz en la frente dijo con extraordinaria firmeza á la madre y á la nodriza que estaban allí presentes: Cuidad de criar bien á este niño, porque ha de ser un hombre grande y una lumbrera de la iglesia. La madre consolada con esta fausta nueva, como era muy limosnera, echó mano al bolsillo para socorrer al peregrino; pero este desapareció de repente, y nunca pudo saberse qué habia sido de él. Probablemente era algun ángel del cielo, enviado tal vez por la reina de los ángeles para recomendar la educacion de aquel tierno siervo suyo, á quien destinaba para promover la gloria de su hijo y ser el ornamento de la iglesia.

XIII. El segundo será S. Bernardino de Sena, el cual predicando un dia con sumo fervor de las grandezas y devocion de la madre de Dios dijo públicamente que él por todo derecho era de la Virgen santísima y que desde su niñez estaba infinitamente obligado á esta señora. El primer favor que recibí por su intercesion, dijo, fué el nacer y recibir las aguas saludables del bautismo en el mismo dia de su natiuidad. En igual dia tomé el hábito de S. Francisco, y cumplido el año profesé en el mismo dia, en el cual dije tambien mi primera misa á su debido tiempo. Aun cuando todo lo demas no se tu-

viere en nada, ¿no bastaria esto solo para ser de la reina del cielo desde la cuna?

XIV. Aquí exclamaria yo de buena gana con Jeremias: ¡Oh qué bueno es llevar desde la mocedad el yugo del servicio de la madre de Dios! ¡Con qué satisfaccion se recogerá dentro de sí mismo el que le lleve y se elevará sobre sí para bendecir á Dios cien veces al dia por haber sido prevenido tan dulcemente con sus bendiciones y para consagrar todos los instantes de su vida al servicio de la reina de los ángeles! ¡Oh qué aprecio hará de un favor tan singular y tan estimable! ¡Con qué esmero le buscará para captarse mas y mas la gracia de nuestra señora!

XV. Una de las mayores ventajas de que gozan las almas justas, es el ser presentadas por buena mano á nuestra señora. Esta fué la dicha de santa Matilde, á quien nuestro señor Jesucristo se dignó de hacer la gracia de darla él mismo á su madre. Estaba la santa leyendo un dia aquel pasaje del Evangelio, en que el Salvador dice á Maria santisima hablando de S. Juan: Mujer, ve ahí á tu hijo; y ella se sintió inspirada para pedir á su esposo la ofreciese á su madre y le dijese: Madre, ve ahí á tu hija. En el mismo instante oyó que Jesus le hablaba de esta suerte: Mi venerada madre, te recomiendo esta mi esposa y te ruego cuides de ella como harias de mi mismo si me vieras delante de ti lleno de heridas y llagas. Acuérdate del aprecio que hice de ella cuando derramé toda mi sangre por su salvacion. En fin te la recomiendo como la amada de mi corazon. ¿Podria inventar el entendimiento humano una recomendacion mas eficaz ó alcanzar una dicha mayor que esta? No obstante aunque el favor es de los mas singulares que podemos esperar en la tierra, no se piense que no es posible conseguirle si ponemos la diligencia y el ahinco de los grandes santos. Santa Matilde considerando

la dicha que le habia acontecido, y cobrando nueva confianza se atrevió á preguntar á nuestro Señor si estaba dispuesto á hacer la misma gracia á los que lo desearan; á lo cual respondió el Salvador que sí con la cabeza, asegurando que en el despacho de sus gracias no habia acepcion alguna de personas.

XVI. Ea pues, buenas almas, vamos á Jesus, si queremos ser recibidos propiciamente de su madre; porque así como es propio de la Virgen llevar las almas á su hijo, segun mostré en el tratado anterior, así tambien es certisimo que uno de los oficios mas agradables del hijo en el cielo es atraerlas al amor y devocion de su madre y recomendárselas con el mejor afecto.

§. II.—El segundo rasgo de amor es tratar frecuentemente con ella y tenerla siempre en la memoria.

I.—El amor no sabe lo que es descansar, porque siempre está en vela y atento al objeto amado. Y no se crea que el amor sobrenatural posee mas débilmente los corazones que el humano; al contrario es mas fogoso cuanto mas noble en su origen. Por eso los amantes de la madre de Dios suelen dejar muy atrás á todos los esclavos del amor insensato.

II. La primera prueba que dan de esta memoria amorosa, es llevar siempre consigo alguna señal que les recuerde la Virgen. Los braemanes ó gimnósifistas de la India por no olvidar jamás á uno de sus falsos dioses llevaban al cuello tres cordones en honor de los tres hijos que este habia dejado. Sabemos por S. Juan Crisóstomo (1), S. Agustín (2), Clemente Alejandrino (3) y otros varios que los antiguos llevaban las imágenes de

(1) Hom. 35 in Genes.

(2) Quæst. 112 in Genes.

(3) Pædag., lib. 2, c. 11.